

En nuestras Facultades universitarias se denomina Economía Clásica a la que contempla estos temas a partir del triunfo del capitalismo liberal de mercado hacia el siglo XVIII. Sin embargo, durante mucho tiempo el sistema dominante no fue sino el de la economía de prestigio, lo que hace con frecuencia que no se entienda muy bien este fenómeno durante lo que en Historia denominamos igualmente etapa Clásica. En Roma, el romanista G. Franciosi<sup>1</sup> ha mostrado cómo la sociedad romana fue evolucionando, desde el punto de vista del derecho de la propiedad. En relación con ello se podría analizar la evolución del comercio, empezando por el exterior,<sup>2</sup> desde formas muy administradas (como se ve en los tratados con Cartago) hacia una liberalización individualista en contacto con el mundo helenístico de las *poleis*, para reconducirse luego otra vez hacia formas de control estatal de tipo palaciego –que nunca habían desaparecido en el mundo helenístico– a partir de César y Augusto (desarrollo del fisco a expensas de los particulares).

## EL COMERCIO EXTERIOR DURANTE EL ALTO IMPERIO ROMANO

Genaro Chic García

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

En el sistema palaciego clásico (Hammurabi, siglo XVIII a. C., por ejemplo) lo que encontramos es una evolución desde un

control directo de los intercambios exteriores por parte de los representantes palaciegos, a un recurso cada vez mayor a la iniciativa privada manteniendo el Palacio el control preeminente de la economía, como vemos en la China actual. En Roma, por el contrario, conforme el Imperio se va convirtiendo en un Estado globalizado, vemos su carácter cada vez más palaciego, tras ir abandonando el individualismo creciente que se había producido en la etapa de superación de las grandes *poleis* (Atenas, Corinto, etc.) y de los estados tribales que nunca habían dejado de existir (Macedonia, por ejemplo) a través de la incorporación del modelo urbano favorecido por aquellas. La *reorientación* del Estado imperial romano se va haciendo cada vez más evidente, y con ella el crecimiento del intervencionismo estatal en el plano de la economía, tanto extractiva como distribuidora (observable en el desarrollo del sistema annonario) a nivel interno y reguladora del comercio exterior, que se produce fundamentalmente con países

1 FRANCIOSI, G.: «Regime delle acque e paesaggio in età repubblicana», en *Uomo, acqua e paesaggio*, Roma, L'erma di Bretschneider, 1997, pp. 11-19.

2 Realizando una revisión general del comercio desde el cuarto milenio a. C., hemos podido comprobar la justeza de la apreciación de K. POLANYI (*El sustento del hombre*, Barcelona, Mondadori, 1994 [1977], p. 69.) de que el comercio de mercado surge con posterioridad al de prestigio (al basado en el don/contradon, no cuantificable). Véase CHIC, G.: *El comercio y el Mediterráneo en la Antigüedad*, Tres Cantos, Akal, 2009.

donde la economía de prestigio (regalos) no había dado paso tan abiertamente como en el mundo helenístico a la economía de mercado impersonal (moneda).

Desde muy pronto, las culturas surgidas en torno a los grandes ríos y en contacto con el mar fueron las primeras en descollar y dar paso a verdaderas formaciones estatales, que pronto entraron en contacto entre sí. Es lo que pasó con la egipcia, surgida en torno al Nilo, influida por (e influyente en) la mesopotámica, entre los ríos también navegables Tigris y Éufrates, que desembocan en el golfo Pérsico. Esta a su vez mantuvo desde temprano relaciones con las culturas del Indo, que a su vez se relacionaba con la del Ganges, y así podríamos seguir por el continente euroasiático. Evidentemente, los contactos fueron irregulares, estando rotos en algunos momentos y siendo intensos en otros, según las vicisitudes de la política. Así, la conquista por Macedonia del Imperio persa luego de haber conquistado las *poleis* griegas, produjo una fusión de intereses que unieron las economías palaciegas con las individualistas de los pequeños estados griegos acostumbrados ya al uso de la moneda. Los estados helenísticos fueron el mejor testimonio de esta fusión, que alcanzó hasta la India. Los contactos fueron frecuentes desde entonces, aunque solo solían pasar a los anales cuando tenían una dimensión político-militar, muy en consonancia con los intereses de las castas dirigentes. Por ello, no tiene nada de extraño que, pese a que los romanos conocían los productos orientales a través de intermediarios sirios o egipcios, la primera vez que aparecieron embajadores de los indo-escitas –vecinos orientales de los partos, como estos lo eran de los romanos– fue durante el reinado del recién nombrado Augusto, según se gloria él mismo (*Res Gestae*, 31).

Llenas las arcas del futuro *Augusto*, vencedor de la guerra civil tras el saqueo del tesoro egipcio (30 a. C.), el emperador se dispuso a gastarlo en beneficio de todos, al tiempo que realizaba profundas reformas innovadoras en nombre de una restitución de las costumbres del pasado. Se procuró así arrancar los males que asolaban a la República, derivados en buena medida de la mala administración de la riqueza pública, para lo cual se vio la necesidad de transformar lo que era exterior (el Imperio) en interior, de forma que en adelante Roma dejase de ser solo la dueña de un imperio conquistado para transformarse en la cabeza de un nuevo Estado, en el que la administración sustituyese al saqueo inmisericorde del vencido. Se ampliaron los horizontes mentales sin que por ello se abandonasen los antiguos, de forma que la integración se iría produciendo lenta, pero intensamente; hasta el punto de que parece milagroso que en el siglo III, que fue cuando se proclamó finalmente el carácter de ciudadano romano de casi todos los miembros del Imperio, este no se deshiciera en medio de las numerosas guerras exteriores e interiores que hubo de padecer.

Uno de los medios utilizados fue la colonización de los puntos que se consideraron estratégicos, sobre todo desde el punto de vista económico y con vistas a favorecer, a través de la renovada fiscalidad, el desarrollo político del nuevo sistema. Ello supuso un vigoroso impulso a la monetización de la sociedad y, por consiguiente, la necesidad de regular unos suministros de metales básicos para ello (oro, plata y cobre) para ser puestos en circulación a través del gasto estatal. Un área especialmente favorecida fue la Bética, rica en su suelo agrícola capaz de producir excedentes para Roma, como también en su subsuelo rico en minas de plata. De hecho, las minas de Cartagena, ya en proceso de agotamiento, fueron sustituidas en su producción por las del SO, de donde pronto habría de proceder el principal aporte de plata para la fabricación de los denarios hasta la época de Nerón, cuando comienzan a entrar en decadencia. Pero la plata lo mismo que el oro, a cuya extracción se dedicó igualmente una redoblada atención (Las Médulas, en la Tarraconense, por ejemplo) no sirvieron solo para atender al comercio interior.<sup>3</sup>

3 CHIC, G.: «La zona minera del suroeste de Hispania en época Julio-Claudia», en PÉREZ MACÍAS, J.A. / DELGADO, A. (dir.): *Las minas de Riotinto en época Julio-Claudia*, Huelva, Universidad de Huelva, 2007, pp. 11-34.

La conquista de Egipto en el 30 a. C. fue para Roma bastante más que la anexión de un reino rico en trigo y en oro. Por supuesto, la acumulación de capitales (base como es sabido del capitalismo, ahora ralentizado con las medidas de César) que se produjo por botín tras la conquista de Egipto en manos del ganador fue impresionante (solo equiparable a la obtenida por César en la Galia, según Veleyo [2.39]), y la puesta en circulación de los tesoros desde el emperador-Estado propició un indudable desarrollo de las inversiones estatales en todos los órdenes. Y es que, dejando a un lado lo que significó a efectos ideológicos y administrativos –pues se trataba del Estado nacional más antiguo del mundo– merece la pena señalar que, desde la conquista del Imperio persa por Alejandro Magno de Macedonia a fines del siglo IV a. C. y la construcción de Alejandría del Nilo, esta se había convertido en el eje del comercio mundial, de la misma manera que en el siglo XVI d. C. lo habría de ser, en la otra punta del *Mare Nostrum*, una ciudad de ubicación similar, entre el río vertebrador de una región rica y el mar: Sevilla. De tal forma que controlar Alejandría, la ciudad de la que salía un tercio de los cereales que alimentaban a Roma anualmente (*annona*), era tener una baza fundamental para controlar el poder central, como comprendería el emperador al prohibir que los otros senadores visitasen Egipto sin su permiso; algo que, un poco más tarde, llevaría a Tiberio a eliminar a su sobrino y ahijado Germánico cuando lo llevó a cabo en el 19 d. C., dado que el emperador tenía un hijo biológico y él tenía pocas perspectivas reales de alcanzar el trono por herencia.

Así pues, como se ha señalado, el país del Nilo, con sus minas de oro y sus grandes excedentes frumentarios, supuso por sí mismo, desde luego, una gran inyección de dinero en las arcas del emperador, pero la posición estratégica del país, cabeza de las rutas helenísticas con el lejano Oriente, no produjo menos riquezas que las producidas *in situ*.

Si el presupuesto anual de Roma en esa época se ha calculado entre 800 y 900 millones de sestericios, se estima que 2/3 de los ingresos del fisco procedían de los ingresos obtenidos, de una u otra manera, en Egipto durante el siglo I y parte del II.<sup>4</sup> En nuestra Antigüedad, cuando aún no se había inventado la deuda como medio de dominio de otras comunidades, como ocurre hoy, los medios de enriquecimiento principales eran la conquista de territorios ajenos ricos en botín, la explotación de sus minas, y el comercio que estas propiciaban, de una forma directa o indirecta. El país del Nilo reunía de forma abundante todos esos elementos apetecibles, con la ventaja de que se trataba de un país civilizado con una población acostumbrada desde hacía milenios a obedecer las normas representadas por sus jefes, de una forma culta. Algo similar a lo que luego se encontrarían los españoles en América.

Las noticias sobre ese mundo oriental se habían ido intensificando a medida que Roma se había ido apoderando de los reinos helenísticos, que habían heredado a su vez la tradición de los viajes por tierra, que unían el Mediterráneo con la India a través de rutas interiores que pasaban por Persia, o marítimas a través del golfo Pérsico o del mar Rojo, sobre todo desde que se descubrió, a fines del siglo II a. C., el régimen de los monzones, lo que facilitó la navegación con la India y Ceilán. Los egipcios entonces, como los portugueses después, buscaban una vía alternativa ágil –siguiendo la costa árabe– que les permitiese eludir los controles de los partos sobre Mesopotamia (Iraq). Los reinos de la India, bastante helenizados, a su vez, se convertían en punto de encuentro entre traficantes occidentales y orientales, portadores estos de un producto, la seda, tan apetecido en Occidente como lo fue siempre la plata en Oriente (allí terminaría también buena parte de la traída por los españoles desde América).<sup>5</sup>

4 McLAUGHLIN, R.: *Rome and the Distant East. Trade Routes to the ancient Lands of Arabia, India and China*, Londres, Bloomsbury Academic 2010.

5 WULFF ALONSO, F.: *Grecia en la India. El repertorio griego del Mahabharata*, Tres Cantos, Madrid, 2008.

Una Roma rica y amante de los lujos y placeres (*luxuria y mollitia*) se hizo abiertamente consumista, necesitando desarrollar al máximo la vieja economía de prestigio, lo que la convirtió en apetezante de todos esos productos –en especial los exóticos– que llegaban, tanto desde otras partes del Imperio como desde la India y más allá, como en su día señalaría Elio Aristides (*Orat.* 26, 11–13). De hecho, sabemos que la flota mercante dirigida a esas regiones se multiplicó por seis en la época de Augusto (Str. 2, 5, 12), quien de entrada se beneficiaba de un impuesto fronterizo exterior del 25%, luego aumentado en las fronteras interiores con cantidades menores cuando los productos eran comercializados desde Alejandría por el Mediterráneo. Pero los orientales apenas apetecían más cosas que el oro y la plata de Occidente, como seguía pasando durante la etapa del Imperio español moderno.<sup>6</sup>

En la coyuntura expansiva en que se encontraba, el Imperio romano mantenía una balanza comercial deficitaria con los mercados asiáticos, pero se saldaba con la exportación de metales preciosos a cambio de artículos de lujo, principalmente tejidos, y especias, imprescindibles estas para la conservación de los alimentos demandados por los nuevos consumidores europeos. De Oriente procedían productos que llegaron a ser populares en todo el Imperio, como la pimienta o el incienso, y otros más caros en los que la elaboración multiplicaba su valor de importación hasta cuatro veces (perfumes y medicinas) o diez (tejidos de seda). La plata y el oro romano, como luego durante el Renacimiento los hispanos, fluyeron constantemente hacia Oriente, desangrando el Imperio, como veían con preocupación los observadores romanos.<sup>7</sup> Todos los años, nos dice Plinio (*Nat. Hist.* 6.26.104), las flotas partían de los puertos egipcios del mar Rojo (Arsinoe, Berenice, Myos Hormos) hacia fines de junio para regresar de la India, ayudadas por los monzones, una vez realizadas sus transacciones comerciales en lugares como Barbaricum (hoy Karachi, en Pakistán), Barygaza, Arikamenu o Muziris. Todos ellos reciben en nuestras fuentes la denominación de emporio, o sea, lugar apartado donde se permite a los extranjeros realizar sus tratos, vigilados por los dueños del terreno, con la tranquilidad de estar protegidos por la ley religiosa de la hospitalidad. Según esta, se permitía a los forasteros residir allí y hacer su vida siempre sujetos a la supervisión de las autoridades locales y a una serie de obligaciones en cuanto a dejar una parte de sus mercancías a disposición de los indígenas que les daban acogida.

Sabemos que por la misma época en que los indo-escitas Sakas del norte se habían dirigido a Augusto ofreciéndole un tratado de alianza política, los reinos tameses de esta zona más meridional enviaron, asimismo, emisarios para establecer en este caso alianzas de amistad basadas en el trueque pacífico. Como nos dicen tanto el escritor contemporáneo Estrabón (15, 1, 4) como las fuentes orientales (tanto indias como luego chinas) este comercio estaba basado en la economía de prestigio, que se manifiesta a través de los dones. Todavía en la época de Adriano, L. Anneo Floro (2, 62) nos habla de que los indios *traían elefantes entre sus regalos, así como piedras preciosas y perlas. Consideraban su largo viaje, en cuya realización habían pasado cuatro años, como el mayor tributo que prestaban.* En este caso tenemos noticia de que en Muziris –emporio situado a 30 km de la desembocadura del río Periyar en el mar Árabe, donde las excavaciones recientes han dejado el mayor número de ánforas del Mediterráneo conocido fuera del Imperio romano– existía un templo dedicado al culto de Augusto, sin duda, elevado por los comerciantes que allí tenían su

6 CIPOLLA, C.M.: «Por una teoría general de la decadencia económica», en CIPOLLA, C.M. / ELLIOTT, J.H. / VILAR, P. et alii: *La decadencia económica de los Imperios*, Madrid, Alianza, 1999, pp. 13–26.

7 Las fuentes para esta consideración negativa han sido tradicionalmente la cita de Tácito referida al emperador Tiberio (*Ann.*, 3, 53) y las noticias que nos da Plinio sobre que la India se lleva ella sola 50 millones de sestercios al año (*N.H.*, 6, 101), y junto con Arabia al menos 100 millones (*N.H.*, 12, 84). Por otro lado, es sabido que Occidente padeció un problema crónico de la balanza de pagos hasta algún momento del siglo XVI, como bien ha expuesto CROSBY, A.W.: *La medida de la realidad. La cuantificación y la sociedad occidental, 1250–1600*, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 68–69.

sede y mantenían un elemento religioso de prestigio que acogiera los dones que los Chera (Seres en las fuentes latinas) entregaban a cambio de los propios o de los importados, como la seda, porque los romanos no tenían aún noticias de la China. Evidentemente, el intercambio se producía de forma proporcionada, pues el sistema del don se basa en el equilibrio y enmascara con frecuencia un auténtico trueque regulado (las monedas romanas, tan apetecidas por los indígenas hasta la época de Nerón, tienen un papel ambiguo). Concepciones distintas del comercio se podían dar así la mano respetando las fórmulas del don realizado en nombre del jefe, aunque es bastante dudoso que esto fuese así por parte de los comerciantes grecorromanos, que trabajaban por libre, aunque esto no fuese muy comprensible por quienes –como esos orientales– estaban acostumbrados a la acción de agentes comerciales del poder, incluso cuando actuaban en provecho propio.

El emperador romano lo que sacaba de todos estos *dones de ultramar* era, ante todo, un gran prestigio entre su pueblo, al que lograba maravillar con el exotismo de los presentes que él trasladaba al pueblo, como esos tigres que los mediterráneos vieron por vez primera en el 11 a. C. venidos de la India. Debemos tener en cuenta el factor mágico del poder, en función del cual se consideraba que el príncipe, jefe de todos los jefes, era la persona con más gracia (calidad de ser) que existía entre los mortales, lo que lo situaba próximo a las divinidades, y le correspondían cosas extraordinarias, al tiempo que, como jefe supremo del Ejército, era responsable último de toda la política exterior, sin que se conciba la idea de un ministro de Asuntos Exteriores.<sup>8</sup> De ahí el interés de Augusto por la exploración de los mares que circundaban al Imperio, tanto por el sur como por el norte, al hacer que su dominio se viera como universal, asimilándose a Hércules y por encima de Alejandro Magno.<sup>9</sup>

El auge del comercio oriental y de los ingresos derivados del mismo se alcanzó hacia la época de Nerón, manteniéndose después a buen ritmo hasta fines del siglo II. Interesante es la época de Domiciano (81–96), que subió el contenido de plata de los denarios de forma notable (12%) por última vez, alcanzando un fino del 98% durante los años 82–85, aunque se mantuvo el peso de la reforma de Nerón y las emisiones fueron menores. Sin duda, esto debió tener repercusión en el comercio con Oriente en un momento en el que el emperador chino se expandía hacia Occidente gracias al genio militar del general Ban Chao –que visitaba el golfo Pérsico–, y la provincia romana de Siria adquiría más cohesión aprovechando que los kushan (de Tayikistán y Afganistán, hasta orillas del Ganges) mantenían buenas relaciones comerciales y culturales con Roma y operaban coordinadamente con los chinos en Sogdiana (Uzbekistán), en la Ruta de la Seda, contra el Imperio parto (Irán e Iraq), que había llegado a su máxima extensión por entonces y actuaba como tapón entre unos y otros.

Roma había atraído la atención del otro gran imperio del continente euroasiático, el chino, viendo las posibilidades de cooperación y mutuo beneficio que en principio se les podían ofrecer. El obstáculo era el Imperio parto, que le separaba de los indios, con los que se ha supuesto incluso una alianza (los kushan yuezhi, hacia Pakistán, dirigidos por su gran rey Kanishka, también identificaban a los partos como rivales políticos a superar), para la campaña que Trajano preparó concienzudamente desde el principio. El deseo de gloria y de riqueza, símbolo de aquella, llevó al emperador en el 113 a aprovechar una excusa en la consabida disputa sobre Armenia para invadir el Imperio parto. Una expedición que habría que enmarcar en el progreso de una mística teocrática y el culto imperial y un refuerzo del absolutismo a partir del 112.<sup>10</sup> En el 116 logró tomar la capital, Ctesifonte, y llegar a la orilla del golfo Pérsico, a la que veinte años antes se había asomado, por otra

8 VEYNE, P.: *El Imperio grecorromano*, Tres Cantos, Akal, 2009.

9 MILLÁN LEÓN, J.: *Gades y las navegaciones oceánicas en la Antigüedad (1000 a. C.–500 d. C.)*, Écija, 1998.

10 CIZEK, E.: *L'époque de Trajan: circonstances politiques et problèmes idéologiques*, París, Les Belles Lettres, 1983.

parte, el enviado de China. El sueño cesariano de realizar la obra de Alejandro Magno estuvo entonces más cerca que nunca. El Imperio llegó a alcanzar entonces los 5,18 millones de km<sup>2</sup>. Pero el sexagenario emperador cayó enfermo y las sublevaciones se multiplicaron en el interior del terreno conquistado. También en el propio Imperio los judíos, cuyas reclamaciones de volver a su tierra no fueron atendidas, como esperaban desde Nerva (96-98), y que vieron la oportunidad cuando la mayor parte de las tropas de ocupación marcharon a la guerra, lo hicieron ya desde el año anterior en todo el Oriente Próximo, Egipto incluido, dificultando la conquista.

Señalemos que, en general, solo los comerciantes parecen haber tenido cierta facilidad en traspasar las fronteras en un mundo cerrado como era el del Imperio romano,<sup>11</sup> donde la libre circulación se limitaba al interior, necesitándose siempre permiso para entrar o salir; aunque a veces a algunas comunidades extranjeras, por concesión especial, se les daba la posibilidad de ejercer libremente el comercio en el interior del Imperio, como luego sucedería con los hermunduros del Danubio, que podían entrar a comerciar hasta la actual Augsburg, capital entonces de la provincia de Retia, en el sur de Alemania. Lo normal, en todo caso, es que se establecieran en los acuerdos –cuando se daban– lugares y fechas determinadas para hacer los intercambios, muy en consonancia con lo que sabemos relativo a los emporios o puntos concretos para comerciar con los extranjeros, facilitando la tarea del fisco. En este sentido, tenemos que decir que los emporios establecidos por los romanos, dado el tipo de economía no palaciega clara imperante por parte de Roma, eran únicamente organismos de control y no una organización dedicada a practicar directamente el comercio en las fronteras occidentales. Los tratados de libre comercio, incluso en este ámbito, eran la excepción. El establecimiento de murallas en las fronteras, como la que establecería Adriano en Britannia, no solo servía para impedir las invasiones armadas, sino también para controlar los movimientos y los tráfico de personas y bienes (había mercancías prohibidas, como la exportación de armas), lo mismo que las de las ciudades, incluso en zonas pacíficas.

El gran comercio con Oriente se había de mantener hasta la época de Marco Aurelio (161-180), cuando aún tenemos constatada una embajada romana ante el emperador chino, que por cierto quedó decepcionado con los regalos que se le aportaban. Roma había entrado en una grave crisis económica estructural en la que el trabajo de las grandes minas productoras de plata se vio prácticamente paralizado,<sup>12</sup> lo que tuvo su reflejo, por un lado, en la fuerte pérdida de este metal en las monedas posteriores y, muy en particular, en el cese del gran comercio que hasta entonces había logrado ser el principal generador de riqueza para el Estado. Comenzaba una nueva era muy distinta, a la que solemos denominar Bajo Imperio o Antigüedad Tardía.

<sup>11</sup> BARBERO, A.: *Barbari. Immigrati, profughi, deportati nell'impero romano*, Florencia, Laterza, 2006.

<sup>12</sup> CHIC, G.: «Marco Aurelio y Cómodo: El hundimiento de un sistema económico», en HERNÁNDEZ, L. (ed.): *La Hispania de los Antoninos. Actas del II congreso Internacional de Historia Antigua*, Valladolid, Universidad de Valladolid, Secretariado de Publicaciones e Intercambio Editorial, 2005, pp. 568-586.